

El negro: objeto de los otros

Manuel Cuesta Morúa
Historiador, filósofo y antropólogo
Secretario General de la Corriente Socialista Democrática
La Habana, Cuba

En todos los asuntos humanos hay que tener capacidad para el escándalo. Sin escándalo no existen ni los problemas ni los progresos.

El escándalo por Rodney King, aquel norteamericano brutalmente humillado por la policía, reveló que el avance de la cuestión negra en los Estados Unidos, desde Rosa Parks y Martin Luther King a las leyes pro derechos civiles y la acción afirmativa, escondía y esconde un enquistamiento del racismo en los poros de la sociedad norteamericana, sin que hoy por hoy parezca tener solución definitiva en aquel país.

Los rebotes de ataque racista en muchas sociedades europeas reflejan otro tanto: el desprecio que se oculta, dentro de culturas con importantes segmentos que se sienten superiores, por el negro, el indio, el mestizo, en fin, el otro étnico o cultural.

El racismo es global, y hasta en el mundo árabe y musulmán los negros son humillados y esclavizados como sucede en Sudán y en otros lugares que la prensa no menciona.

En Latinoamérica ni hablar. El racismo en sociedades como la argentina, la brasile-

ña, la mexicana o la chilena, con las que más familiaridad literaria tengo, sólo logra enmascararse, y lo hace bien, con esa hoja de parras del tercermundismo lastimoso que solemos blandir cuando estamos en apuros al sur del río Bravo. Y siempre estamos en apuros.

En Cuba ni silbar. El racismo es de tal naturaleza que la televisión cubana, por ejemplo, parece, si la miramos desde las aparentes políticas integracionistas de la llamada revolución cubana, un coto privado de blancos-rancios-comunistas-de-movilidad-ascendente que, “amparados” en el derecho corporativo que da la “propiedad privada”, “se resisten” a darle espacios a los negros, y que, en el mejor de los casos, deciden cuándo y cómo estos deben aparecer en las pantallas televisivas. Claro que éste es un beneficio al Estado que no se le puede otorgar, no tanto porque no se lo merezca sino porque culturalmente no puede quitarse de encima el rechazo que dentro de él se siente por el negro, cuando no desprecio; aunque ese Estado desee quitarse este fardo con todas sus fuerzas. De modo que en el ejemplo de la tele-

visión cubana estamos frente a un dato de fuente bis.

Todo esto pasa por la falta de escándalo. El caso cubano, el más cercano, pero no por eso el que más me interesa —mientras haya racismo en un lugar, ése me interesa más—refleja que si no nos escandalizamos, ni pensar en la cosa como problema o como progreso. Aquí no hace falta un proceso King, el escándalo brota en los hechos del día a día. Si es verdad que la llamada revolución cubana —vieja ya como proyecto— intentó acabar con ese flagelo, entonces funciona mi hipótesis del escándalo como instrumento necesario para aproximarnos positivamente a los asuntos medulares que requieren solución. El racismo es uno de esos asuntos.

Cuba es racista, los cubanos somos racistas y los proyectos de futuro reproducen el racismo. No más que República Dominicana, desde luego. ¿Estoy diciendo que todos los cubanos están atrapados en esas redes? No. Afortunadamente. Estoy diciendo que las pautas culturales que determinan el comportamiento y las estructuras referenciales para la convivencia entre nosotros son racistas. Y la mayoría de la sociedad se ve obligada a seguir las tanto por tradición como por la base cultural del Estado político. Apurando la discusión, afirmar que la sociedad cubana tendría que hacer un esfuerzo tremendo, entre sociología y retórica, para demostrar que no es racista. Hasta hace un tiempo no había discusión sobre el tema y, a nivel popular, se negaba, y se sigue negando de algún modo, que en Cuba hay racismo. Pero nada de asombro con esto. En casi todos sus ensayos, Pierre Bordieu, el intelectual francés, enseña que en época de cultura de masas los estereotipos sociales funcionan como los mitos populares del medioevo: para adormecer y desviar la mirada de los de abajo hacia otra parte.

Y entre cubanos hay, desde luego, una discusión actual. En el exterior, lo que se promueve en Pittsburgh, con Alejandro de la Fuente, lleva bastante adelantado; lo que pasa en Mississippi, con Ramón H. Colás; o en la revista *ISLAS*, con Juan Antonio Alvarado, es muy interesante. Todos, con sus matices, siguen la ruta marcada por Charles Moore quien, desde los años 60, advirtió el racismo en la emancipación revolucionaria.

Dentro de Cuba, más o menos. Espacios asociados a Tomás Fernández Robaina, Leyda Oquendo, Tato Quiñones, pioneros en la discusión, son prometedores. Más hacia acá, Color Cubano, con Gisela Arandia; La Cofradía de la Negritud, con Norberto Mesa; el Movimiento de Integración Racial, con José Vélez o, más recientemente, el proyecto Ciudadanos por la Integración Racial que anima el Arco Progresista, testimonian profundamente el problema. Hubo también momentos que alumbraban: el cantautor Gerardo Alfonso intentó un espacio al principio de los 90s, y Elvira Cervera junto a Walterio Carbonell testifican el punto marginal a que ha llegado el intento de explosión cultural, política, intelectual y académica de la cuestión negra en Cuba. Intelectuales como Ileana Faguauga o Roberto Zurbano abren la discusión, cada uno a su manera, acompañando otros intentos de los que hay noticias en La Habana o Santiago de Cuba, y que reflejan mucha preocupación con el tema. Un académico como Esteban Morales acaba de publicar un libro sobre el asunto y el Partido Comunista quiere adelantar alguna iniciativa a propósito del centenario de fundación del Partido de los Independientes de Color, en 1908.

Y seguimos muy mal. Si todo lo anterior muestra que el debate por la cuestión racial y del racismo tienen dinámica y fecha antigua, entonces poco hemos adelantado en el pro-



yecto de avance-de-la-gente-de-color. Los fundamentos culturales, la demografía nacional, los ejecutores del proyecto histórico, las espaldas económicas y los refugios espirituales del pragmatismo cubano, con su tendencia a las soluciones del más acá, reflejan el simple dato poblacional que ni siquiera los tres censos demográficos públicos realizados después de 1959 se atreven a reconocer: Cuba es un país de mayoría negra dominado por una casi-mayoría blanca que ha sabido, históricamente, instrumentalizar la cuestión racial. Y si en Cuba no utilizáramos el concepto de *colored*, un concepto con el que el poder mira a los otros y que fragmenta el espectro del negro en todos sus matices reales e inventados, la estructura poblacional del país sería vista de otra manera y las imágenes de la Isla se corresponderían con la isla real.

Por eso la estupefacción es la reacción primera de cualquier observador extranjero cuando llega a Cuba y mira hacia arriba y

hacia abajo, lo que convierte el asunto en vergonzoso desde una perspectiva moral. Y el escándalo se debe situar ahí: en el sustrato moral que debería servir de base al escándalo intelectual, la progresión académica, la convocatoria ciudadana y las soluciones diversas al problema más fundamental de Cuba: el racismo.

¿Por qué no ha sucedido esto? Las razones son diversas, pero insistiría en una: el negro es el objeto de los otros. Los negros incluidos. Hace más de veinte años la cuestión del negro nada más ha servido para alimentar discusiones de cámara; como esos conciertos exquisitos concebidos para pocos en un ambiente cerrado donde la música no se escucha fuera. De ahí tres resultados: la refolclorización del tema, la preeminencia de la academia por encima de la problematización intelectual, lo que cierra el tema a las sensibilidades —algo así como la academización del problema judío antes del Dreyfus de Émile

Zola— y la brecha entre la concientización de un problema y el avance del problema concientizado.

El negro como objeto de los otros significa que sus gestos en Cuba, —desde el punto de vista cultural, político, histórico y académico—, lo definen y lo absorben en sus categorías, suprimiéndole su propia voz, coartándole su movilidad, instrumentizándole su religiosidad y su cuerpo, convirtiéndolo en performance estético y reproduciéndolo en su escala social y política. ¿Dónde habita el negro en estas aproximaciones? Como objeto que es, en la fragmentación; como un todo, en la marginación y la cárcel.

Aquí está la razón por la que afirmé más arriba que el del negro es el problema fundamental de Cuba. La democracia es un problema básico a resolver en los hechos, y también en las mentes, pero el racismo es el problema esencial a resolver en las mentes y en los hechos. Antes de la revolución, teníamos una democracia que convivía con el racismo; en la revolución, unos conceptos emancipadores que lo reproducen y para el futuro, unos proyectos políticos que lo prolongan.

¿Para dónde correr?

Antes de hacerlo, me gustaría aproximarme al enfoque del tema en las élites.

De un lado, del lado del poder, el discurso de avanzada dice más o menos que la revolución ha hecho mucho por eliminar la discriminación racial, pero que éste es un problema cultural heredado que no se resuelve con simples decretos o políticas sociales poco comprendidas.

Es este un discurso que se vuelve contra sí mismo, porque implica que la revolución ha carecido de las políticas culturales necesarias para garantizar, cincuenta años después, si no la eliminación, al menos el arrinconamiento

del racismo en la sociedad cubana. Pero ahí sólo comienza el problema. La ausencia de políticas culturales adecuadas lleva a reconocer que la revolución fue culturalmente racista —¿cómo no ver el problema del negro con tantos negros?— y a utilizar como coartada histórica lo que habría requerido un enfoque menos revolucionario: el debate intelectual del problema para soluciones mediatas, lo que a su vez significaba reconocer que la revolución convivía, sin proyectarlo adecuadamente, con un problema básico. Y si se convive con un problema que no se reconoce y que carece de la proyección cultural apropiada, ¿qué logramos? Su reproducción.

La cuestión fundamental, desde el punto de vista de este enfoque, reside aquí: ¿cómo lograr que dentro de los mismos conceptos revolucionarios no se siga reproduciendo el racismo? ¿Asume la revolución los apropiados enfoques culturales para abrirle paso a la solución del problema? Si lo hace, debe entender que enfoque cultural y enfoque revolucionario no son la misma cosa, hecho bien demostrado por la política cultural de la revolución, que jamás incluyó el tema del racismo en la sociedad cubana. Si no lo hace, intentando un pretendido enfoque científico, —no hay cientismo social capaz de dar enfoques apropiados al asunto, como muy bien saben los antropólogos de la cultura, otra cosa es la discusión de la antropología como ciencia—, entonces no se evita la reproducción de un problema dentro de ese enfoque político. Ahora bien, si se entiende que es posible un enfoque cultural-revolucionario de un asunto que es un problema cultural para la revolución misma, llegamos al punto del que partimos: el negro como objeto de los otros.

Hay un ángulo, para mi crucial en la mirada del negro en Cuba, que el nuevo dis-

curso revolucionario emancipador pierde de vista. Y lo pierde por la fragmentación de su objeto: el de la tolerancia inmanente a las culturas de origen africano. Este es un tema que desarrollaré en un ensayo específico, pero que salta en cualquier aproximación al asunto de los negros en Cuba. Y la tolerancia es, para decirlo en términos políticos fuertes, contrarrevolucionaria. En un ejercicio contra fáctico de ficción social cabría preguntarse cuál sería la deriva de la escuela del partido comunista Níco López si hubiera sido dirigida por un babalawo revolucionario. La respuesta es retórica. Y es curioso como el holismo inherente a toda revolución no mirara al negro holísticamente. Espero a una lectura atenta del libro de Esteban Morales para un análisis ulterior más detallado.

En el enfoque contrario, el de la otra élite que aspira al poder en Cuba, el asunto es igual de peor. En este caso, donde la abstracción metafísica de la revolución ha hecho menos daño, el negro está ahí también como objeto de los otros.

Un trabajo anterior mío¹ sobre el tema, intentaba polemizar con uno de esos enfoques —en el campo no revolucionario hay pluralismo— en el que la sustancia y la propuesta pretendían vaciar al negro de parte de su contenido, para cristianizarlo según los dogmas de la iglesia católica. El sueño ético de todas las élites en Cuba. Un sueño alarmante de verdad.

Pero cayó en mis manos otro texto más alarmante todavía que relanza mis preocupaciones por los negros en Cuba en el pos de cualquier cosa.

El libro se titula: *Los Cubanos, historia de Cuba en una lección*, y está escrito por uno de los intelectuales cubanos más solventes y de mejor pluma de que se tenga noticia, Carlos Alberto Montaner.

El texto principia así: “Comienzo por establecer mi puesto de observación: esta historia de los cubanos está narrada desde una perspectiva española o eurocentrista. El ángulo elegido es el europeo. Y es lógico que así sea. No es lo mismo contar la historia de Cuba con la visión de un indio siboney, de un negro descendiente de esclavos, o la que pudo tener un chino cantonés trasladado a Cuba en la segunda mitad del XIX en régimen de servidumbre como consecuencia de la disminución de la trata de esclavos”.

Y continúa. “Si elijo ese punto de vista es porque esa nación a la que llamamos Cuba fue fundamentalmente definida desde los valores, costumbres y percepciones españolas, aunque a través de los siglos se le fueran agregando enriquecedores elementos procedentes, por ejemplo, de las diferentes etnias negras originarias de las grandes culturas africanas. Voy, pues, a hablar de España para poder entender a Cuba”.²

En el argot popular cubano existe una expresión, dicha casi siempre en tono admirativo o interrogativo, que se usa para expresar asombro ante la negación, o contradicción, de lo evidente: ¿de qué estamos hablando?, pregunta cualquier cubano frente a semejantes situaciones.

Pues yo respondo. Estamos hablando de racismo. Esas dos afirmaciones, que no merecen análisis desde el punto de vista de la historia de la cultura, si lo merecen desde las apuestas políticas de la élite para el futuro de Cuba.

Quiero afirmar lo más claramente posible que cualquier proyecto para el futuro de Cuba que minimice, oculte, banalice, o folclorice el tema racial en Cuba es un proyecto racista. Venga del partido que venga o de la posición que se asuma.

A estas alturas del siglo XXI, con el fuerte desarrollo de la historia de las menta-

lidades y de la cultura, de la historia local y de la antropología de las culturas no es concebible animar el futuro de Cuba desde una perspectiva que no incluya la cuestión racial y la cuestión del racismo. Ya éste es un tema fundamental en los países del norte de Europa preocupados por entender los fenómenos migratorios provenientes de África.

Si esto es así, adelante otra afirmación: entender a Cuba desde España es como intentar entender a España desde el imperio romano, sin considerar los ocho siglos de dominación árabe.

Se está montando una nueva percepción recolonizadora, que trata de alumbrar los vínculos con España y de oscurecer los vínculos con África. Y entonces por ahí está el discurso de una España maciza y compacta, hecha a la medida de una percepción interesada que los mismos españoles contestan hoy por hoy.

Semejante ocultamiento de África, que convierte al negro en objeto ausente de los otros, reproduce, en todo proyecto político, los conceptos hispánicos con los que se trató de construir la nación cubana para fracaso del proyecto y del progreso.

Lo que revela mis temores expresados en debates anteriores. Y quiero citar in extenso algo que calca la progresión política de las ideas en ciertas élites blancas dentro y fuera de Cuba y que se manifiestan en el libro citado:

“... en las premisas del proyecto de nación que se ha definido hasta hoy día, el negro sobra. Así sin más. El problema para estas premisas es que el negro no sobra en la nación real, esa que existe y forjó su identidad como pudo. Y la realidad siempre introduce matices que diversifican los enfoques.

Un sector de la élite, despreocupada por los asuntos históricos y culturales, pensó y piensa que los negros deben ocupar su lugar,

¿cuál?; que nada de mezclas y que se debe hacer un esfuerzo intelectual, económico y político por legitimar una supremacía de hecho en la sociedad. Un enfoque que no tiene intelectuales con coraje para asumir el desafío público necesario y que hasta ahora sólo se expresa con gestos: de autoafirmación y desprecio hacia el negro.

Otro sector de la élite, con una mínima sensibilidad cultural e histórica y algo atraído por el mestizaje, piensa que los negros deben ocupar un lugar que los haga sentirse partícipes e integrados, que para ello deben ser lavados, sin exagerar con el baño; pero que todo ello debe hacerse evitando su entrada permanente a los circuitos básicos de la élite para evitar una contaminación que debilite una dominación heredada por cultura y esfuerzo de los “padres fundadores”. Para este sector, los negros dentro de los circuitos periféricos muestran el éxito de su proyecto e ilustran el valor, funcionalidad y modernismo de su obra pedagógica. Claro que hay negros, la mayoría, fuera de aquellos circuitos periféricos. Permitirles que se reproduzcan simbólicamente en sus ghettos rituales y filtrar su cultura para uso folclórico y estético del poder es un buen dispositivo de control a distancia que garantiza tranquilidad a su proyecto, buena conciencia en relación con la inevitable inferioridad del negro y modernidad necesaria a su imagen externa. Y muchos negros y mulatos están contentísimos con su calidad simbólica e instrumental.

Por último, un tercer sector de la élite, con un máximo de sensibilidad cultural e histórica, piensa que los negros deben ocupar su lugar en un lugar que no distorsione el curso de los paradigmas de la cultura cubana. Sabe que el lugar de los negros cubanos es Cuba y que por tanto debe asumir lo africano. ¿Y cómo lo hace? Con una

extraña culpa por lo que hicieron sus antepasados, asume una responsabilidad que no le corresponde por la trata y la esclavitud. Pide disculpas a la nación por aquel error histórico y desde esa ubicación retrospectiva quiere corregirlo en el presente. Para ello propone al negro la siguiente transacción: yo asumo la riqueza estética de tu cultura y la gracia y soltura de tu movimiento, y a cambio tú te deshaces de ciertas prácticas primitivas del mal salvaje, y de algunas concepciones que para nada tienen que ver con nuestro molde nacional y con el proyecto fundado y legado por hombres morales, regios y visionarios.

Estos hombres, al traerte aquí, se enriquecieron y tuvieron el tiempo y la disponibilidad necesaria para imaginar una nación, pero no se dieron cuenta que con tu arribo minaban su propia obra...”³

Cité in extenso porque quiero agregar un cuarto sector de la élite que aparece cada vez con mayor visibilidad. Para este nuevo sector, el negro no existe para el futuro. Es el objeto del otro invisible que no clarifica el lugar, el juego de oportunidades, la aportación que el negro puede hacer y que tendrá en un debate democrático que exige, éste es el enfoque racista que se defiende con fuerza tanto dentro como fuera de Cuba, o una democracia elitista como la norteamericana o una democracia capacitaria donde el negro poco tiene que hacer o que decir. Este sector asume para el futuro que, dadas las dificultades de implantación de un nuevo proyecto político y de una economía de mercado con altas exigencias tecnológicas en la era del conocimiento, alguien tiene que perder necesariamente en el proceso. Y los grandes perdedores necesarios son los negros. Por eso la reconstrucción intelectual de la historia o de los paradigmas fundamentales de la cultura

cubana, que incluye el tema axiológico de los valores, brinca por encima de aquellos.

El peligro se revisita. Ello obliga a correr hacia los ciudadanos y hacia la articulación de una voz negra que reivindique su lugar social, cultural y político, sin reproducir el esquema racista que se monta desde el poder, y fuera de él, en todas las élites que pulsan por el control del futuro.

Romper la discusión de cámara, la reinterpretación eurocéntrica de nuestra historia y empoderar a los negros desde sí mismos es la única salida cultural para reconstruir Cuba desde la posmodernidad y desde la tolerancia como valor esencial en una cultura plural y diversa.

Notas

- 1- Cuesta Morúa, Manuel. “Cuba: el racismo que se lleva dentro”. ISLAS 6: 2 (Mayo 2007)
- 2- Montaner, Carlos Alberto. Los Cubanos. Historia de Cuba en una Lección. Brickell Communications Group, 2006: 13.
- 3- Cuesta Morúa, Manuel. Ob. cit : 30-31